

entregaban, sea para una banda, sea para un orfeón, lo mismo para una función teatral que para conciertos particulares.

El inmenso mérito de esos trabajos consistía en que por arte del maestro quedaba la ejecución amoldada a las facultades de artistas o aficionados. Y lo hacía sin dar jamás importancia alguna a su intervención personal indispensable, con la rara modestia del que adora al arte por el arte y goza en hacer asequibles sus manifestaciones a todas las aptitudes.

Dos generaciones aprendieron con él la música y pudieron apreciar de cerca aquel entusiasmo nunca entibiado, aquella magistral inteligencia y aquella modestia inverosímil. Y es que fuera del arte, nada existía para Santesteban; y como su facilidad adquiría mayores vuelos, sometida al yunque de una labor constante y para cualquier otro fatigosa y quizás irresistible, de ahí que multiplicase sus trabajos y absorbiese en su entidad, ya poderosa, todo el movimiento, toda la vida musical de la capital de Guipúzcoa.

Escribia una pieza, la instrumentaba, la ensayaba, la dirigía y hasta tomaba parte muchas veces en su ejecución. Sin hipérbole, puede decirse, que componer una misa, era para Santesteban lo mismo que contestar a una carta.

Tenía que ser desigual forzosamente, y lo era, en efecto. El molde italiano predomina en todas sus composiciones religiosas, pero en medio de libertades melódicas reñidas con el género y más adecuadas al teatro que a la iglesia, ¡cuántas bellezas de fondo y de forma atesoran las obras del eminente maestro! Siempre claro, sencillo siempre, lograba con medios reducidos, efectos verdaderamente conmovedores. Jamás riñó con su estética especial y egoista que le exigía circunscribirse a limitados recursos; y con ellos, solo con ellos, luchó y venció durante toda su vida.

En el género popular escribió una multitud de zortzikos y canciones de toda especie, pasa-calles, himnos y piezas de baile que rebosan gracia y despiden aromas de poesía primitiva encantadores.

La actividad de Santesteban no conocía límites. En 1854 estableció un almacén de música, primero de los de su clase que ha existido en la capital de Guipúzcoa. Al año siguiente, 1855, dió al teatro una zarzuela en un acto titulada *La tapada*, que se ejecutó tres veces con gran aplauso, pero el teatro sedujo siempre muy poco al maestro.

Refiriéndome el éxito de *La tapada*, me dijo varias veces con la mayor naturalidad:

—Yo no asistí más que á la última representacion, y me gustó mucho todo... menos la música.

En 1864 dió á luz Santesteban su *Método teórico-práctico de Canto llano*, en el cual simplificó notablemente la enseñanza, y con el cual obtuvo extraordinario éxito.

En 1865 creó *El orfeón Easonense*, cuya base fundamental, segun el artículo primero del reglamento que al efecto se redactó, era la propagacion de la música vocal. De esta primera Sociedad coral me cupo la honra de ser nombrado secretario. *El orfeón Easonense* prestó inapreciables servicios y tuvo brillante carréra; fué la base de todas las sociedades corales que se fundaron más tarde é hicieron á San Sebastian una verdadera especialidad en el género, puesto que sus cultivadores fueron siempre personas acomodadas y distinguidas de la capital de Guipúzcoa.

Cuando la reina Isabel estuvo en San Sebastian, en 1866, Santesteban reunió cuatro músicas y cinco charangas que formaron un total de trescientos nueve ejecutantes. Aquella enorme masa de instrumentistas tocó con admirable precision, entre otras piezas, el zortzico *Gernikako arbola*, *Iru.damacho* y un paso-doble, composicion del maestro. El efecto fué inmenso y los aplausos entusiastas de un numerosísimo público, premiaron la inteligencia del organizador y director de la fiesta.

Llamado por los frailes de Orihuela á componer el rezо franciscano para la órden, marchó el maestro á aquella población en los primeros días de Octubre de 1882 y permaneció en el convento hasta Junio del año siguiente. Terminada su mision, volvió á San Sebastian.

Durante el verano de aquel año de 1883, vi por última vez á Santesteban. Ni sus años, ni sus inmensos trabajos habian hecho mella en aquella eterna juventud espiritual; decidor y alegre, como siempre, relataba con chispeante gracia los detalles de su estancia en el convento de Orihuela y las bondades de que habia sido objeto por parte de los frailes.

El dia 11 de Enero de 1884, el maestro se ocupaba en instrumentar una melodía compuesta por su hijo D. Joaquin, fallecido recientemente. Al dia siguiente, en la noche del 12 al 13, un ataque

de apoplegía fulminante arrebató la vida á Santesteban. La muerte dió á aquella hermosa naturaleza el premio que merecía; el maestro murió casi repentinamente y sin padecimiento, cuando le faltaban poco más de dos meses para cumplir setenta y cinco años de edad.

El caudal de obras de Santesteban es considerable. Solo sus misas se cuentan en el número de *veintidós*. Calcúlese por ahí las composiciones religiosas que escribió su fecunda é incansable pluma. En cuanto á los zortzikos, canciones y piezas de todo género que han alimentado, como antes dije, á dos generaciones, sería imposible, ó poco menos, trazar de ellas un catálogo exacto.

El carácter de la obra de Santesteban es fácil de comprender, con solo examinar su vida y trabajos. Podría calificarse brevemente diciendo que el génesis de la música en la capital de Guipúzcoa reside en el eminente maestro. Su ideal fué puramente patriótico, provincial exclusivamente, si se quiere, y reducido por tanto; pero ahí está precisamente el mayor timbre de gloria del artista.

Cuando tantos maestros españoles han renegado y reniegan aún de su patria, él supo circunscribir su esfera de acción al suelo natal y llevar á cabo la fructuosa obra de la secularización, por decirlo así, de la música en Guipúzcoa.

La actividad del maestro y su inteligencia se extendieron á todas las clases sociales que por igual beneficiaron de aquella inagotable fuente artística; y si hoy los efluvios de la nueva vida, la *modernización* de San Sebastian, ha detenido un tanto el movimiento iniciado por Santesteban, ó dirigídolo hacia nuevos cauces, el nombre del gran maestro será siempre evocado con el cariño y el respeto que merecen los hombres más ilustres del suelo guipuzcoano.

Santesteban representa, ante todo, al gran patrício. Jamás trabajó para él; jamás se le ocurrió pensar que el industrial embarazase la marcha del artista. El mundo social, la propaganda mercenaria, el reclamo; todo cuanto tiende á halagar real ó ficticiamente el amor propio, le era totalmente desconocido.

Componer música y enseñar, desarrollando la afición é infiltrándola en el alma de la juventud; tales fueron siempre sus propósitos y ese solo el fin á que se dirigieron sus esfuerzos.

Cumplía su misión con la perfecta tranquilidad, con la despreocupación bellísima de quien no quiere respirar otra atmósfera que la del arte, en beneficio de sus conciudadanos. Y una misa ejecutada con

voces y orquesta en la iglesia de Santa María, un coro para un orfeón, una contradanza para una comparsa alegórica, ó un pasa-calle para la más humilde de las charangas, eran para él otras tantas dulzuras del oficio, partes sueltas de su actividad y de su talento, que dejaba sin esfuerzo correr, porque eran piezas del programa que se habian impuesto el músico y el hombre.

No hay aquí exageracion del discípulo y del amigo á quienes la gratitud y el cariño ciegan. No; aparte de las bellezas artísticas que encierra la obra de Santesteban, aparte de los inmensos beneficios que á Guipúzcoa ha reportado, lo más grande del maestro reside en su incomparable magnanimidad artística, en la ninguna importancia material que daba á cuanto producia su talento.

Santesteban practicó el arte como un misionero. La música y el país guipuzcoano: este fué su verbo, con él vivió, murió abrazado á él, y él le ha hecho inmortal en la historia de la música bascongada...

La pluma corre sin cesar y tengo; mal mi grado, que detener los impulsos de mi gratitud, de mi cariño y de mi admiracion hacia mi profesor inolvidable, hacia el insigne artista y hacia el hombre patriota y honrado.

El ayuntamiento de San Sebastian concedió, poco despues de la muerte de Santesteban, una pequeña pension á su hija. Despues de la pension oficial, hace falta la pension particular. Es necesario que la capital de Guipúzcoa, es necesario que el pueblo de San Sebastian conceda tambien una pension al nombre del maestro; una pension imperecedera, representada por el mármol ó por el bronce, y que recuerde para siempre al varon insigne que dedicó su existencia entera á la ilustracion y al arte de su patria.

La capital de Guipúzcoa que no ha sido jamás tardía en el progreso, se honrará mucho á sí misma, honrando como merece serlo, la memoria de uno de sus hijos más preclaros, la memoria de José Juan Santesteban.

Por lo demás el nombre del eminente artista guipuzcoano vive, no solo en el recuerdo de sus compatriotas, sino en D. José Antonio Santesteban, hijo del inmortal compositor y sucesor suyo en la plaza de maestro de capilla de la basílica de Santa María, de San Sebastian. Nació en San Sebastian el 18 de Octubre de 1835. Estudió con su padre el solfeo y los primeros rudimentos del piano y armonia; en

1854 tomó lecciones de piano de Marmontel, en París, y de Godineau en Bruselas donde estudió el órgano con Lemmens; regresó á París en 1856 y aprendió la composición en las clases de Samuel David y Bazin.

Pianista distinguidísimo, organista de primer orden y músico educado en los principios del arte moderno que cultiva con entusiasmo y talento crecientes, D. José Antonio Santesteban es digno sucesor de su padre, y lleva el peso de su herencia artística de un modo que honra tanto al sentimiento filial como á los méritos del músico.

Recientemente ha puesto en música la ópera bascongada *Pudente*, estrenada con muy lisonjero éxito en la capital de Guipúzcoa, y aun cuando son las piezas de esta ópera, en su inmensa mayoría, adaptaciones de cantos populares á la poesía de D. Serafín Baroja, revélase en este improbo trabajo la mano expertísima del que llevó á cabo la publicación de *Aires populares bascongados*, riquísima colección que, por iniciativa de Santesteban, hijo, comenzó á ver la luz pública en 1862, y cuenta con 69 números, todos ellos armonizados admirablemente por el jóven y reputado maestro.

El servicio que con esta publicación ha prestado á la música bascongada el Sr. Santesteban es inmenso, y bastaría por sí solo para aquilar los merecimientos de un artista que con tanta nobleza responde á sus antecedentes y á su nombre.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

LELO KANTZOA.⁽¹⁾

Lelo ill! Lelo
 Lelo ¡A Lelo!
 ¡Lelo! ¡A!
 Lelo ill! Lelo!
 ¡Lelo Zarak ill!
 Lelo! A!

(ANZIÑAKO EUSKALDUN KANTZOA.)

(AURREANDEA.)

Andik gichi batera berriz Erromarrak
 datoñ ekarririan suak eta garrak.

Kantabroak bero,
 an dira egunero,
 erbesteko gizonak andik botatzeko.

Bañan etsayak asko, Kantabroak guchi,
 beti berontz gureak, ta ayek gorontz beti.

Bururikan ere ez,
 bakoitza bere aldez,
 agintzeko guziak, egiteko iñor ez.

Gauzak gaizki dijoaz, et'ala ikustean
 aserrea sartu da mutillen artean,
 ikusirik nola
 ordutik ordura,
 atzerontz datoñela changurru modura.

(1) Véase pág. 4.^a

¡Lelo! eskatzendute, Lelo datorrela,
ichasoraño goaz igesi bestela;
jai! orren agintzen,
ez giñan ibiltzen
indarrak modubage alferrik amiltzen.

Guziok bat egin ta segirik Lelori,
etzan sartuko orrela Errromar motz ori,
leku guztietan,
barruko estalpetan,
sekula iñor eterri eztan lekuetan.

¡Datorrela, bai, Lelo! Etortzen ez bada,
betiko Euskal-erria arras galdua da.
Orren zai gaude gu,
bañan nai ez badu,
laster gera guziok echerontz biurtu.

Mutillen itz char oyek echetan jakiñik,
joan dira Lelogana berriz erregurik,
bañan ikusirik
dabiltzala alferrik,
eterri dira atzera guziak tristerik.

Pensatu dute orduan, Lelo dan bezela
Euskaldun on leyala, entzungo duela
Ama-lur negarra
eta lege zarra,
biltzen bada Lauburu guzik Batzarra.

Ala, bost mendiyetan irrintzak jó dira;
Aritzpian gizonak biribildu dira,
eta beroz bero,
amar agurezko
bial dituzte laster Lelori esateko....

«Ama-lurra dagola bere biarrian,
»et' agindu duela bere Batzarrian,

»Lelori berela
»emateko ordena
»Lauburu zarrarekin joateko gudará!»

Batzarrearen ordez ogei zar joan dira,
ordenak ematera Lelori mendira.

Eta billaturik,
zarrenak bertatik
onela esaten dio, malkuak kendurik.

¡Lelo! Olgarren seme, Euskaldun Burua,
Euskal-umeen artean geien maitatua,
Erritar jendea,
minduraz betea,
zure biarrean da! ¡Mugitu zaitea!

—¿Zertako biar naute?...: Lagunen artian,
badira abillaguak gudaz agintian!
Nik badaukat emen,
zergatik ez irten!
Gañera, Erromar gauzik ez det nik sinisten.

—¡Sinistazazu bada! Bere denboretan
ez da egon Kantabriya onen azkenetan.
Guziok negarrez,
onontz datozi ges,
muga guzietatik Erromar bildurrez!

¡Mutillak aulatuta!... ayaraz andreak,
Euskal-erriko Zárrak jo dituzte deyak,
Batzarra biltzeko.
¡Bildu da, ta gero,
agindu digu guri zugana etortzeko!

Emen gera, arturik Lauburu santua,
Aitorri Zerutikan etorritakua;
leku segururik
iñon ez egonik,

zuri ematen dizugu, gordetzeako pozik.

«Artu bada! ¡Ez da izan sekula gizonik,
»gaur zuk bezelako ondra merezi duenik.
»Bere naigabian,
»Euskaldun-errian,
»guzia utzi da zure leyaltasunian!»

Begiyak malkoturik.... pil-pillik bularra,
Lelok eskuan artzen du Lauburu zarra,
eta alchaturik,
buruaz gañetik,
onela esaten die chapela kendurik....

Kantabriya-mendiko Lauburu maitia,
bere semientzako zerutik jachia!
¡Ondo zaude emen!
¡Zu galdu baño len,
eun bizi banituke galduko nituke eun!

¡Ill, edo garaitul da, Kantabroen esana!
Goazen! Goazen, guziok Errromarragana.
¡Ill edo garaitu!
¡Erroma! Zu... edo gu!
¡Edo gu danak illak! ¡edo zu zatitu!

JUAN V. DE ARAQUISTAIN.

(*Aurrandetuko da.*)



ALABA EN LA EUSKAL-ERRIA.

CUENTOS DE ARAMAYONA.

ULEFIÑ.

(CONCLUSION.)

Julian no durmió aquella noche. Creyó en absoluto la noticia de Josepa, y se dispuso á subir la tarde siguiente á Turrión, sin decirle nada á nadie.

En efecto, el dia de la víspera de San Juan, mientras la gente cenaba temprano para bailar en la plaza, Julian cenó tambien; cogió despues á Ulefíñ al hombro y ala, ala, subió las escaleras de Barajuen, tomó por el monte arriba y llegó á la cima, entonces pelada, de Turrión, sentándose entre los helechos que brotaban entre las piedras de la antigua ruina del castillo.

Miró al sol: le faltaban unos tres dedos para tocar en las últimas cumbres de Echagüen. Colocó á Ulefíñ en el suelo, cerca de un senderito, á pocos pasos de las piedras, le dió un pedazo de pan, volvió á mirar al sol, que ya tocaba con los bordes á las peñas y separando los helechos, vió ante sí un hueco, entre el monton de ruinas, por el cual penetró al mismo tiempo que un rayo del sol poniente, que se abrió pasó entre la oscuridad, al separarse los helechos, iluminando el interior de la cueva.

Julian quedó ofuscado ante el brillo fantástico de las paredes que

el sol alumbró por un momento, y recordando que no había tiempo que perder, avanzó poco á poco, tocando de cuando en cuando en el suelo, con las manos. La oscuridad le envolvió pronto, avanzó un rato, sin encontrar más que piedras y humedad, y cuando quiso volver, torció por otra angostura lateral, en la que caminó un rato desorientado. Volvió hacia atrás, tratando de ver desde dentro la abertura para salir á escape, y nada vió. Las tinieblas eran cada vez mayores. Anduvo otro rato desesperado y conoció que bajaba por una suave rampa; retrocedió lleno de terror, buscó la salida y no dió con ella. Una hora estuvo dando vueltas de esta manera, pidiendo auxilio dentro de aquella negra soledad, hasta que el airecillo fresco de la noche, le indicó que se hallaba cerca de la boca de la cueva.

Salió anhelante, loco, buscó á Ulefiñ, y Ulefiñ no estaba allí. Entonces sintió Julian que se le metía el corazón en un puño. Era ya de noche. La masa imponente de Amboto se levantaba como un gigante en el cielo. Allá abajo se oía el murmullo de los pueblos, y en todas las anteiglesias y en todos los caseríos, brillaban fantásticas las hogueras de la hermosísima y alegre noche de San Juan.

¡Qué negra y qué triste era para Julian! ¿Dónde estaba el pobre Ulefiñ? Su padre se lo preguntó en vano á aquellas soledades, llamándole con desesperación. Recorrió después el bosque en todas direcciones gritando:

— ¡Ulefiñ! ¡Semechu! ¡Ulefiñ!

Y nadie le contestaba, más que los cucos, que desde lo alto de las hayas y robles repetían:

— ¡Cucu! ¡cucu!

Y, corrió, corrió, monte abajo hacia Barajuen, y luego hacia la calle, exclamando:

— ¡Ulefiñ! ¡Ulefiñ!

Mientras los cucos aún se oían lejos, muy lejos; en un tono triste, muy triste:

— ¡Cucu! ¡cucu!

No se atrevió á detenerse en la plaza, subió por la calle de Ibergoya, hacia su casa, y se escondió detrás de una tejavana de un herradero de los bueyes.

Su mujer Martina lloraba en medio de un corro de gente, y decía:

— Se habrá escapado con mi hijo ese maldito de Dios: cuatro horas fuera de casa y no vuelven! ¡Hijo de mi corazón! ¡Andra María

Santísima, devuélveme á mi hijo! aunque á su padre no le vuelvan á ver más mis ojos, ¡aunque se lo coman los lobos!

Julian en su escondite temblaba como un azogado. Por lo que decia su mujer, era indudable que el niño no estaba en Aramayona.

Al fin Martina, cansada de gritar y de llorar, se desmayó; los vecinos la metieron en su casa, y cada uno de ellos se fué luego á la suya.

Antes de que amaneciera, volvió Julian á subir á Turrión, buscando loco, furioso á su hijo por todas partes. Recorrió dos ó tres anteiglesias, y nadie le dió razon de él. Despues huyó por Aranguio y Albina. Bebió un vaso de vino en la caseta de Mariaca, y siguió andando. Al anochecer llegó á Vitoria y se dirigió á una posada, donde había parado varias veces.

¡A dónde iba? ¡Qué sabia él! Iba á cualquiera parte ¡lejos! donde no pudiera perseguirle la sombra de su mujer. Iba á morirse de tristeza pensando en su hijo.

En la posada encontró una cuadrilla de canteros guipuzcoanos que marchaban á Extremadura á hacer un gran puente. ¡Buena proporción! Se fué con ellos, de peón de cantero!

Allí estuvo trabajando seis meses, sin hablar una palabra, picando piedra, fumando su pipa y llorando. Triste fué para él todo aquel tiempo. La primera planta donde dá el sol, en cuanto sale, es en el cogote del cantero. Ni el sol, ni el agua, ni el vino ni las chicas guapas de Extremadura lograron sacar á Julian de su abatimiento.

Al acercarse la época de Navidad, los guipuzcoanos determinaron volver á su casa á hacer *Gabon*, á celebrar la Noche-Buena. Tomaron el tole al son de una flauta, y con ese compás de paso y medio, que dan en cada paso, cuando van de camino, se encontraron bien pronto en el puerto de Arlaban.

Julian venia con ellos, porque no pudo resistir á la atraccion de la tierra natal. Aunque Martina le sacase los ojos, él quería ver la cuna donde había dormido su hijo. Pero antes había de pasar por Turrión, para llamar de nuevo á Ulefíñ.

Sus compañeros de viaje siguieron hacia Escoriaza, y él se quedó á pasar la noche en la venta de Maulanda, allá, debajo de Salinas. No pudo dormir, y al levantarse muy de madrugada, vió á la ventera que estaba haciendo sopas de leche para los ocho hijos que tenía, los

cuales se hallaban acurrucados al rededor de la lumbre, cada uno con su *katillu* en la mano.

—Muchos hijos tiene V., ama: exclamó Julian al contemplar aquel cuadro.

—Muchos no! diez y seis tuvo mi madre y ya vivimos! Y usted, cantero, no tiene ninguno?

—Ninguno sí; pero alguno tampoco.

—Difícil de entender es eso.

—No tengo, no ¡no señora, no tengo ninguno!

—Así le pasaba á mi hermana, que vive en el caserío de Iramain: y, una novena hizo á San Antonio de Urquiola, y al volver les dió San Antonio un niño tan guapo, que como á un hijo le quieren.

—¿No es hijo, pues, ó?

—En el monte de Aramayona le encontraron; rubio como el sol.

Julian se apoyó en la pared para no caerse, tal calor le subió desde el corazón hasta los ojos y hasta las puntas de los pelos. Despues, abalanzándose á la ventera, y derribando por el suelo dos ó tres chiquillos con sus escudillas y todo, dijo:

—¿Cuándo fué eso? ¿Cuándo?

—La noche de San Juan, al anochecer; mi hermana venia con su marido y con un criado, de Urquiola, y al pasar por un alto, hallaron un niño llorando y comiendo pan; casi, casi no sabia hablar, le recogieron y le pusieron en las artolas con mi hermana, que decia llena de gozo: ¡San Antonio bendito nos envia este niño! Y tenia razon; sino ¿qué hacia allí solo, lejos de los pueblos aquel niño tan majo y tan guapo? En Iramain está, que dá gusto verle; pero ¿qué le pasa á V., cantero, que se tiembla y llora?

Julian escuchó temblando y llorando; y sin contestarla, dejó un duro encima de la mesa, tomó su hato y su *makilla*, saltó por la ventana de la cocina y echó á correr. La ventera y los chiquillos asustados, corrieron á la puerta gritando:

—¡Al loco! ¡al loco!

En efecto, aquel padre loco, atravesó la carretera; se metió por los maizales en dirección al caserío indicado, brincó con saltos de pantera una porcion de arroyos y matorrales, espantó un rebaño de ovejas; puso en commocion á cuantas mujeres habia trabajando en las piezas, y tomando cuesta arriba llegó á Iramain, que es un hermoso

caserío rodeado de castaños y nogales, propio en aquel tiempo, de la casa de Ruiz de Azua de Alaba.

Los hombres del caserío estaban en el monte; y no había en él más que la ama, con dos *neskachas* sobrinas suyas. Julian entró de rondon en el portal y en la cocina que está al lado.

Las mujeres al verle llegar cubierto de barro y de sudor, con los ojos fuera de las órbitas y convulso, dieron un grito de espanto.

—¡No asustarse señoras! exclamó Julian! un favor grande les pido.

—¿Qué trae usted, pues, tan de repente y tan espantado?

—Ustedes tienen un niño chiquito, rubio, rubio?

—Sí señor; ahí en la cuna dormido, al lado del escaño, está; pero qué le importa á V. eso?

Julian separó á las tres mujeres que se habían puesto delante de la cuna, como para defender al niño, y, haciéndoles señal de que callaran, se aproximó á la criatura, y dijo, cerca de su oido, con inespllicable dulzura, mientras rodaban dos lágrimas por sus ojos:

—¡Ulefín! ¡Ulefín!

El niño abrió los ojos, se incorporó, miró fijamente á Julian, levantó sus bracitos y gritó:

—¡Aita! ¡Aita! ¡padre! ¡padre!

Las tres mujeres cayeron de rodillas llorando, mientras Julian abrazado á su hijo, lo devoraba á besos, entregándose á frenéticos trasportes de alegría.

—Creo, señoras, que no negarán ustedes, que este niño que encontraron en el monte de Aramayona, más acá de Barajuen, es hijo mío.

—El mismo lo ha dicho, señor: contestó el ama de casa; pero, no se lo llevará usted ¿eh? Nosotros aquí le tenemos como hijo.

—Para que no se muera su madre, si es que no se ha muerto ya, tengo que llevarle, hoy mismo.

—Compasion tenga V. de nosotras.

—De mí, sí que hay que tener compasion; añadió Julian; y les contó despues cuanto le había acontecido, en medio de la mayor admiracion de aquellas mujeres.

Cuando los caseros vinieron del monte, se asombraron de lo que pasaba. El casero mayor, hombre de sano juicio, dijo que debían darse muchas gracias á Dios por lo que sucedió, y que era muy natu-

ral que Julian se llevase á su hijo, sin perjuicio de que los de Iramain fueran de cuando en cuando á verlo á Aramayona, y de que aquél viniese algunas veces á Iramain, á ver á su madre adoptiva.

Triste dia fué para el caserío el de la víspera de Navidad, último que pasó Ulefíñ, en él, con su padre.

A la mañana siguiente cogió Julian á su hijo al hombro, empuñó su *makilla*; y, hecho un San Cristóbal, tomó monte arriba en dirección á Uncella. ¡Ya le podían haber salido todos los lobos, y todos los ladrones, y todas las brujas á quitarle su hijo! Cuando al pasar de Uncella á Barajuen, distinguió allá á la izquierda, el alto de Turrión, cubrió con sus manos los ojos á su hijo, y él mismo volvió la cabeza al lado opuesto, sintiendo que se le temblaban las piernas.

Al medio dia llegó á Ibarra, á la calle; y la gente al verle, con su Ulefíñ al hombro, empezó á hacerse cruces y á seguirle dándole la enhorabuena. Cuando llegó á su casa rodeado de más de doscientas personas, estubo Martina á punto de volverse loca. ¡Hermosísimo Gabon fué aquel en Aramayona! ¡Y cómo celebró el pueblo entero el relato y las aventuras de Julian!

Este con sus seis meses de peón de cantero, acostumbrado á agachar la cabeza para ganar de comer, determinó dejarse de fanfarrias y marchar á vivir á su casa de Ibabe con Martina, á cuidar de sus piezas y de sus bueyes. Allí supo redoblar su capital á fuerza de trabajo.

Todo se arregló á maravilla menos el genio de Martina, que de cuando en cuando, se subía de tono; pero que enmudecía y se convertía en una malva en cuanto Julian le decía con mucha calma:

—Mira, mujer, cállate ¡no sea que no se nos vuelva á perder el niño!

La vieja Josepa-Antoni apareció un dia muerta cerca de Bolinchu. Las gentes dijeron que había bajado rodando por los montes, después de asistir á la junta de *sorgiñas* de Larrazabal. No hubo tal; la pobre bebió un poco más que de costumbre, equivocó el camino de su casa, cayó al río y acabó entre las zarzas con toda su sabiduría.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

NEGUKO ARRATESTAN SU ONDOAN KONTU-KONTARI.

ZEAMAKO IZKEAN PASAIZO BAT.

ORI EZ DEK IRRINTZIE; ORI DEK ARRANTZEA.

Leazpiarrak, azkarrak eta ernek dialako sonea⁽¹⁾ doe, baño azkarrañ arten-e *kirten*⁽²⁾ antzeko batzuk sortzen die, pasaizo onek aitzea emango don bezela.

Aiztorrondon jaio, azi ta bizi izan zan arzai gazte bat jun zan bein baten konpesatza Leazpiko abade bateana, asi zoen konpesioa, eta ez dakit oain zen gañen, ezan men zion abadek *¿ia* zerbaite zeukan?

—Bai jaune, bauket, esan zon artzaiek.

—¿Zér daukezu ba?

Baño artzaie men zeon iñill, eta noizk beiñ burue jirauta, kanpoa beitzeten zola.

—Esazu, esazu bildurrik bae dezuna, esaten zion konpesorek; pekatu eiteko lotsatu bearda eta ez konpesatzeko.

—Nik ezin baiket ba esan ein dian pekatue, eanzun zion azkenen-e arzaiek.

—¿Zeatik ez ordea?

—Zeatik emen daren ok aituko dien.

—Esazu iñillchoik.

—Ezin liñeke ordea.

—Beaz, beste lekun baten esan beariko diezu?

(1) fama.—(2) tontos.

—Bai naibao.

—Goazen ba korua eta an esango ezu.

—Goazen ba.

Igo zoen ba korua; eta á emen, arzaiek ein zon konpesioa:

—¿Ez dakit beorreki jakingo don, nola ezkontzen naizen Kortako alaba gaztenakin? Ba, lengo Osteunen Arri-urdingo zelaien nere ar-dikin nebillela, ikusi non, zijotzela Anzarura nere andra-gaie éta be ama, urrutisamarretik ezautu nitun, eta nun neon aitzea emateatik olaše irrintzi eiñ nien: ji... ji.... ji.... jiiii.... eta ein zon irrintzi bat, eliza guztie aiden ipiñi zona, esanaz konpesoreri: á emen ne pekatue. —Ao iñill jkirtena! esan zion abadek aoa eskukin estaliz, ori ez dek irrintzie, ori dek arrantza, eta i bezelako astok errotan obeto zerek elizan baño, eta utzirik korun arzai iñozoa jun zan be konpesionario-ra, ichoten zerenak konpesatzea.

ALFONSO M.^a DE ZABALA.

RECUERDOS HISTÓRICOS DE ALABA.



Era yo muy jóven aún, cuando vi por primera vez la Casa Consistorial de Vitoria; pero tanta impresión me produjeron las explicaciones de ciertos hechos históricos que se relacionaban íntimamente con las salas del edificio en que nos encontrábamos, que difícilmente hubieran podido borrarse de mi memoria.

En 22 de Setiembre de 1483 encontrábase reunida en Vitoria la Junta General de la Provincia, para tratar, con arreglo á fuero, de los asuntos á ella encomendados.

Una noticia sumamente alhagüeña para los señores Procuradores circuló rápidamente por la Ciudad.

La Reina D.^a Isabel I de Castilla, llamada la Católica, venía por el camino de Bilbao con dirección á Vitoria.

No era difícil presumir cuál sería el pensamiento de toda la Junta: salir al encuentro á la bondadosa Reina y suplicarla la confirmación de las libertades y franquicias del suelo Alabés con solemne juramento, del que seguros estaban los Procuradores no se apartaría aquella religiosa señora.

Llevóse á cabo el pensamiento con toda solemnidad y pompa.

Reunidos el Alcalde, Justicia y Regidores, Caballeros, Escuderos y Diputados, Alcaldes y Procuradores de las Hermandades, villas y tierras de dicha Provincia, con asistencia del Notario D. Diego Martínez de Alava, salieron por la puerta de Arriaga rodeados de un gentío inmenso.

Y sea dicho de paso y como por incidencia: este Notario, D. Diego Martínez de Alava, fué el que ascendido luego al cargo de Diputado General, prestó importantísimos servicios á la patria en el sucesivo desenvolvimiento de grandes hechos históricos como la Conquista de Granada, y fué tambien tronco de la más antigua y fuerte casa de la provincia y de la que proceden personajes que como Alava, el marino de la batalla de Trafalgar, y Alava, el General de la guerra de la Independencia, jugaron papeles tan importantes en los periodos más culminantes de la historia nacional.

Adelantáronse al encuentro de su Alteza que venia rodeada de Prelados y Caballeros y una vez en su presencia manifestaron que seria un dia de gloria para el país alabés el juramento de la reina de conservar y hacer guardar sus fueros.

Ni un momento dudó la augusta señora en acceder á los ruegos de los nobles alabeses, y siguiendo su camino, al llegar á la puerta de Arriaga, quitando la Reina el guante de la mano derecha y extendiéndola sobre los Santos Evangelios, juró con voz clara y solemne que conservaría los privilegios y libertades seculares de este suelo excepcional.

Abriéronse las puertas, y por ellas penetró aclamada entusiasticamente por la multitud.

De aquella fecha memorable son emblemas las palabras mismas de la augusta señora esculpidas hoy en la sala de sesiones del Ayuntamiento de Vitoria y la estatua colocada en el Salón de Juntas generales de la Diputacion; significacion expresiva de lo que valen y representan para nuestra tierra aquellos actos de los soberanos que apreciaron en lo que valia nuestro modo de ser excepcional.



En aquella misma Casa de la Ciudad, como decimos generalmente en Vitoria, se alojaron en el año memorable de 1808 personajes que estaban llamados á ocupar un lugar muy señalado en los anales de la historia pátria por diversos conceptos, figurando entre ellos el que con su nombre llenó los últimos años del siglo pasado y los primeros del presente, Napoleon I.

El 14 de Abril del año indicado, llegaba á Vitoria Fernando VII y familia Real, y el 19, es decir, cinco días despues, tuvo lugar el famoso tumulto en el que los vitorianos, á pesar de una guarnicion francesa de unos cinco mil hombres, respondiendo al sentimiento patriótico de la Península, y presagiando la traicion que se ocultaba en aquella vacilante marcha de la corte á la nacion vecina, se acercaron en tropel á la Casa Consistorial á la puerta que da á la calle de San Francisco, y dieron una prueba de su independencia y audacia, rompiendo los tirantes del cochón en que iba á marchar el que entonces era el ídolo del pueblo español.

Medio siglo despues la hija de D. Fernando VII, D.^a Isabel II, tenia en su presencia á uno de los que se atrevieron en aquella época á rasgo tan patriótico, un modesto industrial muy conocido en Vitoria. Tenia este veterano, llamado Susaeta, un hijo á quien la Reina, en recuerdo del hecho del padre, concedió una canongía en Albaracin.

El dia 8 de Noviembre ocupaba aquellos salones el vencedor de reyes, Napoleon I.

Era domingo uno de los inmediatos días, y Napoleon I pasó revista á la guarnicion en lo que hoy es la calle del Prado, metiendo con su inveterada costumbre la mano derecha en el ancho bolsillo del chaleco y llevando á su nariz sus dedos índice y pulgar llenos de su codiciado rapé. Despues de la revista, puesto á la cabeza de la tropa, se dirigió á la iglesia de San Miguel á oir misa.

Entonces se vió por primera vez en Vitoria, y quizás aun en España, un hecho que á la sazon produjo un verdadero escándalo, pero que corriendo los años se vió con indiferencia. Tal fué el de entrar en la iglesia los soldados con el morrion puesto.

Un venerable anciano, que en sus verdes años habia presenciado y comentado con sus compañeros aquel acto extraordinario, me decia cuando era yo niño:

«Desde que vi á Napoleon I que permitia que sus tropas entráran

en la iglesia con la cabeza cubierta, le auguré mal fin, pues Dios no podía menos de castigarle, y en efecto, algunos años después moría en Santa Elena, víctima de los más crueles sufrimientos morales y físicos.

* * *

Aquellos mismos salones de la Casa Consistorial eran años después, en 1841, testigos de un gran infortunio soportado con ese valor y serenidad de alma de que solo saben dar pruebas en general las almas bien templadas.

El general y ex-ministro de Marina, Montes de Oca, que fué uno de los principales autores del célebre pronunciamiento político-militar de esa época, preso en la posada ó parador de S. Antonio de la villa de Vergara por cuatro miqueletes ó miñones de Alaba que con él se habían sublevado y á quienes se les había comprado con recompensas pecuniarias, era entregado villanamente por estos en Vitoria á las autoridades que le pusieron en calidad de prisionero en la casa de la Ciudad.

La sentencia, y sentencia terrible, no se hizo esperar. Fué condenado á ser pasado por las armas.

El dia de la ejecución de la sentencia, el valiente general se dispuso á morir con nobleza. Se vistió de negro, ostentando en el frac las condecoraciones que adornaban su pecho.

Fué conducido en un coche que le esperaba en el mismo sitio en que tuvo lugar la ruptura de los tirantes del de Fernando VII, es decir, en la calle de San Francisco. Pero entonces al tumulto anterior sucedió la tristeza y el luto. La muchedumbre agolpada en el paseo llamado de los Arquillos y en todo el trayecto hasta el célebre paseo de la Florida en que tuvo lugar la ejecución, acudía presurosa á espiar los más insignificantes movimientos del ilustre prisionero y á presenciar cómo muere un hombre colocado en las más altas jerarquías del Estado.

En el sitio que hoy se encuentra un banco corrido de piedra cortado solamente para dar paso á la confluencia de tres sendas que unidas y formando una espaciosa, van á parar al centro del indicado paseo, levantábase en aquella época una tapia en la que había pintados los atributos de la música.

Al lado de aquella tapia se colocó el general Montes de Oca, y

como el célebre emperador Iturbide en México, él mismo mandó, con voz clara y entonacion tranquila al piquete que hiciera fuego.

Sonaron cuatro tiros; una sola bala fué á dar en la frente y de resbalon á la víctima: las otras tres se estrellaron contra la tapia.

Sacó el general tranquilamente el pañuelo del frac, limpió la sangre que salia de la herida, y de nuevo, con voz entera y solemne, pronunció la palabra: ¡fuego!

Esta vez fué más afortunado; el plomo homicida tendió un cadáver en el suelo.

MARCIAL MARTINEZ AGUIRRE.

EL NAUFRAGIO.

En una frágil piragua
que apénas las ondas riza,
y ligera se desliza
por la tersura del agua,
un niño débil, no más,
se va del puerto alejando,
dulce música entonando
de los remos al compás.
Cantando, hacia el mar traidor
va alegre y desprevenido;
¡la juventud es un nido
de canciones y de amor!

.....
De luz el sol hace alarde,
vaga sin rumor el viento,
está el mar sin movimiento
y azul y pura la tarde.
Tal que el celeste arrebol
el mar copia, sin halago,

como las aguas de un lago
copian la lumbre del sol,
Tiende la red, pescador;
que no le falte mañana
el pan á tu madre anciana
que te alegra con su amor.

.....
Mas... cielos! el viento zumba,
el mar se hincha de corage,
sobre la peña el oleage
como un alud se derrumba.
Estiende negro capuz
en el cielo tromba impia,
brilla en vez de la del dia
del relámpago la luz;
y el mar que á la costa abruma
con rudo sacudimiento
¡hasta el alto firmamento
arroja su hirviente espuma!

La misera embarcacion
tiembla en el furioso mar,
el niño siente temblar
de miedo su corazon;
y de la tromba que asoma
tras él van los huracanes
como van los gavilanes
tras una débil paloma!
Ah!... domina tus pesares;
y aunque el alma se consterna
notando que es la galerna
la avalancha de los mares,
uir de ella importa más;
vence al aire en lo ligero....
ó ¿á dónde irás marino,
marinero, á dónde irás?
En la trágica discordia
de los mares y del viento,
resuena un débil lamento

que dice ¡Misericordia!
Despues al profundo baja
un cuerpo que el agua abruma,
sobre él se extiende la espuma
como una blanca mortaja;
y con la ruda impresion
de tan amargo pesar,
siente una madre estellar
las fibras del corazon.

.....
Aquella noche en los puertos
cien huérfanos sollozaban
y las olas se encorvaban
con el peso de los muertos.
Mas ya que su desventura
la orfandad llora en la playa,
jhaced que el hambre no vaya
á duplicar su amargura!

HERMILIO OLORIZ.

MISCELANEA.

Nuestro apreciable colega pamplonés *Lau-Buru* ha publicado un artículo titulado «Tirania miserable», cuya lectura nos ha causado la más profunda indignacion, la más amarga pena.

Se trata en él de una persecucion tan baja como punible que está sufriendo nuestra lengua euskara.

No queremos consignar abominables detalles.

El dia 17 del corriente se han celebrado en Vitoria solemnes honras fúnebres de aniversario, en sufragio del alma del inolvidable patrio fuerista alabés D. Mateo Benigno de Moraza, cuyo fallecimiento,

nunca bastante llorado por el país euskaro, ocurrió el 17 de Enero de 1878.

Durante el año 1885 han entrado en el puerto de Pasages 358 vapores y 201 buques de vela con un porte total de 167.915 toneladas.

El número de toneladas de mercancías descargadas durante el mismo año, ha sido de 124.436, ó sea 22.123 más que el año anterior, ascendiendo el de las exportadas á 72.138, lo que acusa un aumento de 30.250 toneladas con respecto á la exportación del año 1884.

Hemos recibido un ejemplar de la Memoria que con el título de *El Córrea y la vacunación anticolérica* ha sido presentada á la Excma. Diputación de Guipúzcoa por la comisión facultativa nombrada por dicha corporación para el estudio de la epidemia y procedimiento profiláctico del doctor Ferrán.

Agradecemos la atención.

En la sesión que celebró el lunes la Academia de San Fernando, fué nombrado académico correspondiente en Palencia, el distinguido vitoriano Ricardo Becerro de Bengoa, Cronista de su Ciudad natal é ilustre autor del «Romancero Alabés.»

Damos la enhorabuena á nuestro querido amigo por esta nueva distinción, muy merecida, en nuestro concepto, por sus talentos, por su competencia en las artes y por su incansable laboriosidad.

Un tercer barítono vizcaíno, D. Agustín Basañez, natural de Deusto, ha inaugurado la carrera artística con éxito felicísimo como los Sres. Laspiur y Uriá. El Sr. Basañez ha cantado por primera vez en la importante ciudad de Vigo en las óperas *Fausto* y *Un ballo in maschera*.

Con fecha 12 del corriente mes escriben de la capital de Austria á *El Correo* dando noticia de los triunfos que allí está alcanzando nuestro insigne paisano y querido amigo Pablo Sarasate.

El eminentísimo artista navarro está recibiendo en Viena ovaciones semejantes á las que en la última temporada recibió en Alemania, y según dice la carta, al terminar los dos conciertos últimos, los concu-

rrentes no se contentaban con aplaudir estrepitosamente: todos querían y procuraban dar un apretón de manos al violinista sin rival.

SECCION AMENA.

NERE MAITIA.

Gorputz ederra dezu lodi ta freskua, masaill zabalak eta chiki chit abua. Zuregana jarriá daukat nik gogua, noiz nai ematenazu, bai, chorabiyua.	Zutzaz oroiturikan maiz juaten naizela, eche <i>zuluan</i> zaude nere zai bezela. Naiz jantzirk iruki churiya chapela, zu zera, zu, neretzat, zu zera.... <i>kupela</i> .
---	--

MARCELINO SOROA.

I.^{to} SOMAKETA.

Zu zera, adiskidea,
Lenbizikoa:
Biya ta iruba dezu
Sukaldekoia:
Eta guztiya,
Da gure lur maitean,
Itsas-erriya.

(*Askantza urrengo lumero edo liburukoan.*)



EL LAURAK-BAT EN MÉXICO.

No obstante la afirmacion gratuita y aventurada que estampó la Academia Española en su *Diccionario geográfico de España*, es un hecho incontestable y cierto la unidad étnica de Nabarros y Bascos. Unos y otros son hijos de la misma raza, como lo ha demostrado, de un modo concluyente, el escritor pamplonés D. Arturo Campion en su admirable y profundo estudio histórico intitulado «El génio de Navarra» que está en curso de publicacion en las páginas de esta Revista.

A las pruebas de órden científico que allí se aducen con metódica y rigurosa hilacion, voy á añadir un hecho que corrobora y robustece esa verdad, de que no han podido dudar más que ciertos espíritus de suyo cavilosos y predisuestos, por sistema, contra todo cuanto se relaciona con nuestro modo de ser y con la raíz de nuestra prosapia.

Si el amor á la patria es sentimiento noble que late en el corazon de todo hombre bien nacido, no es menos exacto que adquiere desusada intensidad, cuando el hombre está lejos de los lares en que se meció su cuna y donde reposan las cenizas de sus padres.

Entónces la nostalgia del apartado hogar le causa una insaciabile ánsia de restituirse al suelo nativo; y ya que no pueda alcanzar tan anhelado bien, acrecentado aún más por el espejismo de su fantasía, siéntese invenciblemente arrastrado á estrechar los vínculos que le unen á los suyos, á concentrar todos sus afectos en la gran familia de la raza, á reconstituir, en una palabra, la nacionalidad de origen,

asociando las fuerzas en comun, y acogiéndose, segun los tiempos y las civilizaciones, bajo la égida del mismo númer protector ó del mismo santo tutelar que se acostumbró á invocar desde el ingreso en la peregrinacion de la vida.

Ejemplo vivo y fehaciente de este fenómeno sociológico nos ofrece el pueblo euskaro, durante la época en que estuvo sujeta á la Corona de Castilla aquella opulenta y feraz porcion del territorio de América denominada *Vireinato de Nueva España ó de México*.

A luego de la conquista, los basco-nabarros, movidos de la veneracion á la Virgen patrona de su país, fundaron, en el templo de San Francisco, de la ciudad de México, la cofradía de Aranzazu, con todas las condiciones, requisitos y formalidades que determinan las leyes 6.^a, tit. 2.^º, lib. 1.^º y 12, tit. 12, lib. 12 de la Novísima Recopilacion.

Una vez cimentada la colonia euskalduna sobre las incommovibles bases de la idea religiosa, consecuencia lógica habia de ser un segundo paso llamado á exteriorizarse en actos de fraternal solidaridad, que brotaron del fecundísimo gérmen sembrado.

En efecto, los Sres. Echeveste, Aldaco y Meave, que pertenecian á la Congregacion, manifestaron á sus paisanos y cofrades el pensamiento de fundar y establecer una Casa de asilo y educacion para niñas y viudas basco-nabarras pobres, que fué aceptado con entusiasmo, contribuyendo todos con sumas considerables para llevar á efecto la fundacion, y dotar el Colegio.

Prévias las diligencias del caso, el Rector y Diputados de la Cofradía elevaron una solicitud al Rey, manifestando su propósito de fundar, construir y dotar un Colegio, con el título de San Ignacio de Loyola, destinando para su sostenimiento 60.000 pesos que, á ese fin, ofrecieron varios devotos, y señaladamente 18.000 que dió don Joseph de Garate, para recoger, criar y educar doce niñas pobres é igual número de viudas desvalidas, reservándose aplicar, en adelante, otras cantidades, y aumentar en proporcion el número de personas que pudieran subsistir en el Colegio.

Obtenida la autorizacion competente, dióse comienzo á las obras, que se inauguraron el dia de la festividad de San Ignacio de Loyola, 31 de Julio de 1734, llevándose á cabo, en muy breve tiempo, la construccion de aquel hermoso edificio, en el cual tuvieron inmediatamente cabida las doce colegialas que, á la sazon, mantenía la Cofradía en el Recogimiento de Belem.

El Rey, por decreto de 31 de Marzo de 1753, expedido al Consejo y Cámara de Indias, y Cédula de 7 de Setiembre del mismo año, condescendió á la instancia elevada, aprobando el establecimiento del Colegio y constituyéndose en protector. Confirió el gobierno económico á la Cofradía de Aranzazu y sancionó las constituciones para el régimen de la institución, encargando al Sr. Arzobispo de México el estudio y resolucion de lo referente á puntos de la jurisdiccion eclesiás-tica.

La constitucion 3.^a decia como sigue: «En señal de la Real pro-tección de S. M. y del Supremo dominio que le pertenece en los rei-nos de Indias, se fijará en la fachada principal del Colegio, el Real escudo de las armas de S. M., y se grabarán, en las demás del edifi-cio, *las de las cuatro Provincias Fundadoras*, para preservar de este mo-do el derecho de patronato que pertenece á la Mesa y Congregacion; y como tales Erectores y Fundadores se les reconocerá, en las funcio-nes de iglesia y los demás actos, con los distintivos y ceremonias de legitimo Patrono.»

Esta constitucion y las demás fueron aprobadas por Real Cédula de Carlos III, en el año de 1766, despues de obtenida la correspon-diente Bula del Papa Clemente XIII.

Resulta, pues, que el *Laurak bat* existia ya en América desde el siglo XVII, en que se fundó la Cofradía de Aranzazu, no siendo, como algunos detractores nuestros han dado en propalar, el efecto pa-sajero de un arranque de despecho, nacido de la tremenda catástrofe que significa para el pueblo euskaro la Ley de 21 de Julio de 1876.

Formada aquella memorable Institucion al calor de los más puros sentimientos de patriotismo y bajo los auspicios de la caridad cristia-na, ocupó lugar coñspícuo, alcanzando legítimo prestigio, que llegó á reflejarse bien pronto sobre la colonia basco-nabarra, de cuya viri-lidad y virtudes cívicas era el más perfecto dechado y la más esplén-dida manifestacion.

Los fondos del Colegio no padecieron disminucion hasta princi-pios del siglo actual, en que el Gobierno español tomó, para sus pe-rentorias atenciones, cerca de 500.000 pesos, causándose al estable-cimiento, entre capitales y réditos una pérdida de más de 958.000 pesos.

Terribles fueron las vicisitudes por que tuvo que atravesar desde entónces, dada la serie casi interminable de convulsiones políticas que

han agitado aquel país, y el cambio radicalísimo que se verificó en sus condiciones de existencia, con motivo de haber sido secularizadas, en la República mexicana, las temporalidades de las cofradías por la Ley de 12 de Julio de 1859 y Circulares de los Gobiernos de Veracruz, de Jalisco y varias otras disposiciones.

Sometido á las leyes de la Reforma el Colegio de San Ignacio de Loyola, se cambió este nombre por el de la Paz, y una Junta directiva, encargada de su régimen y administración, vino á sustituir á la Mesa ó Comisión de Gobierno de la Cofradía de Aranzazu, que había sido suprimida, lo mismo que todas las demás Corporaciones y entidades religiosas ó eclesiásticas.

Pero aún permanece en pie el Colegio, y atiende en los comienzos del presente año de 1886 á más de 80 niñas pobres que reciben, dentro de su recinto, el sustento y la educación.

¡Loor á los patricios que pusieron los fundamentos de aquella magna obra, y legaron á la posteridad el ejemplo elocuente de la alteza de sus designios y de las virtudes cívicas atesoradas en sus pechos!

Si es verdad que los timbres de gloria y los altos hechos de los progenitores trascienden en cierto modo, sobre su descendencia, á la cual sirven tambien de enérgico estímulo, no es dudoso que nosotros estamos en el deber de conservar incólume la unión perfecta, y la solidaridad estrechísima, que es el blasón de más precio grabado en el escudo de la tetrarquía euskara.

Al volver la vista á esa etapa, al contemplar esa bella piedra miliaria que señala el ex-Colegio de San Ignacio de Loyola en el tránsito de nuestra raza por la América Septentrional, experimentaremos la noble fruición del más delicado sentimiento del alma, la piedad filial, que se traduce en ternura y en veneración; y al sentirnos atraídos hacia aquellos preclaros varones, nos atraeremos más y más unos hermanos hacia los otros, porque segun la profunda frase de Schiller, el amor fraternal se sostiene con una áncora eterna; y unidos en apretado haz y enardecidos por el fuego santo del amor á la patria común, caminaremos con rumbo seguro para llegar á las playas en que han de reverdecer los laureles con tanto mérito conquistados.

MANUEL GOROSTIDI.

LELO KANTZOA.⁽¹⁾

Lelo ill! Lelo
Lelo ¡A Lelo!
¡Lelo! ¡A!
Lelo ill! Lelo!
¡Lelo Zarak ill!
Lelo! A!

(ANZIÑAKO EUSKALDUN KANTZOA.)

(AURRANDEA.)

Kantabroak poz dira
baña... ¿zeñek esan
Dolaren naigabea
egun illun artan?
Leloren buru ederra
arturik besuan,
negarrez urtutzen da
miñezko ichasuan!

Despeitu dira eun bider...
eun bider alkartu,
negar eta laztanez
eziñik aspertu.
«—Lelo! Guda orretatik
»biltzen bazera zu...
»illikan lur azpian
»arkituko nazu!—

Orrela agertzen dio
naigabe zorrotza,
puskatutzen diola
Lelori biotza.
¿Zenbat nayago luke
Lelok eriotza....
orrela ikusi baño
biotzeko poza?

Bañan goi guzietan
piztu dira suak!
Jo dira mendiyetan
irrinz gudakuak!
Lelok garbiturikan
iñillik malkuak,
utzi ditu Dolaren
beso maitatuak!

(1) Véase pág. 1.^a

Joan da, ta jarririkan
 Kantabroen Buru,
 biotz epel guziak
 beroz bete ditu.
 Beti aurrean dala,
 erori, ta alchatu
 burruka gabe egun bat
 akabatzen ez du.

Iru urte modu onetan
 itzuliak dira,
 Erromatar aldera
 goiz ta arrats begira.
 ¡Ai! Amaika semie eder
 eroriyak dira,
 azkenengo oroipenak
 emanaz mendira!

Erroma aldean ere...
 ¡Zenbat ama gaišo
 bere semie maitiak
 gabe, triste dago!
 Zenbat ezkongai gaztek
 egitendute lo,
 irudipen gozuaz
 maitia ill ezkero!

Burrukan egunez ta
 burrukan gabian,
 gelditubage, beti
 ofiaren gañian;
 beti goronz dijuaz
 guziok batian,
 eramanaz etsayak
 zatituta aurrian.

Nekezcho bada ere
 Euskaldun azkarrak
 menditik bota ditu
 betiko Erromarrak.
 Pozez zoraturikan
 Kantabro-erritarrak
 danzaz ta kantaz daude
 gazte eta zarrak!

Euskal-erriko mugan....
 ¡Zer egun gozua!
 Lelok Lauburu zarraz
 goiturik eskuza,
 eta adoraturik
 bere Jaungoikoa
 lau aizetara bota
 du garai-kantzoa.

«Erromatar gizonak
 »bazuazte igesi!
 »¡Asko ziñaten ononz....
 »orronz guztiz gichi!
 »Jende aundien pozaz
 »ziñaten etorri,
 »usterik Kantabroak
 »ondaturik utzi!

»Ez aztu, ez beñere,
 »Euskal errirako
 »gauza bat bera dala
 »naiz guchi, naiz asko.
 »Bat bizi dan artian,
 »ezta emen faltako
 »dardara zeñek bota
 »mugak gordetzeko!

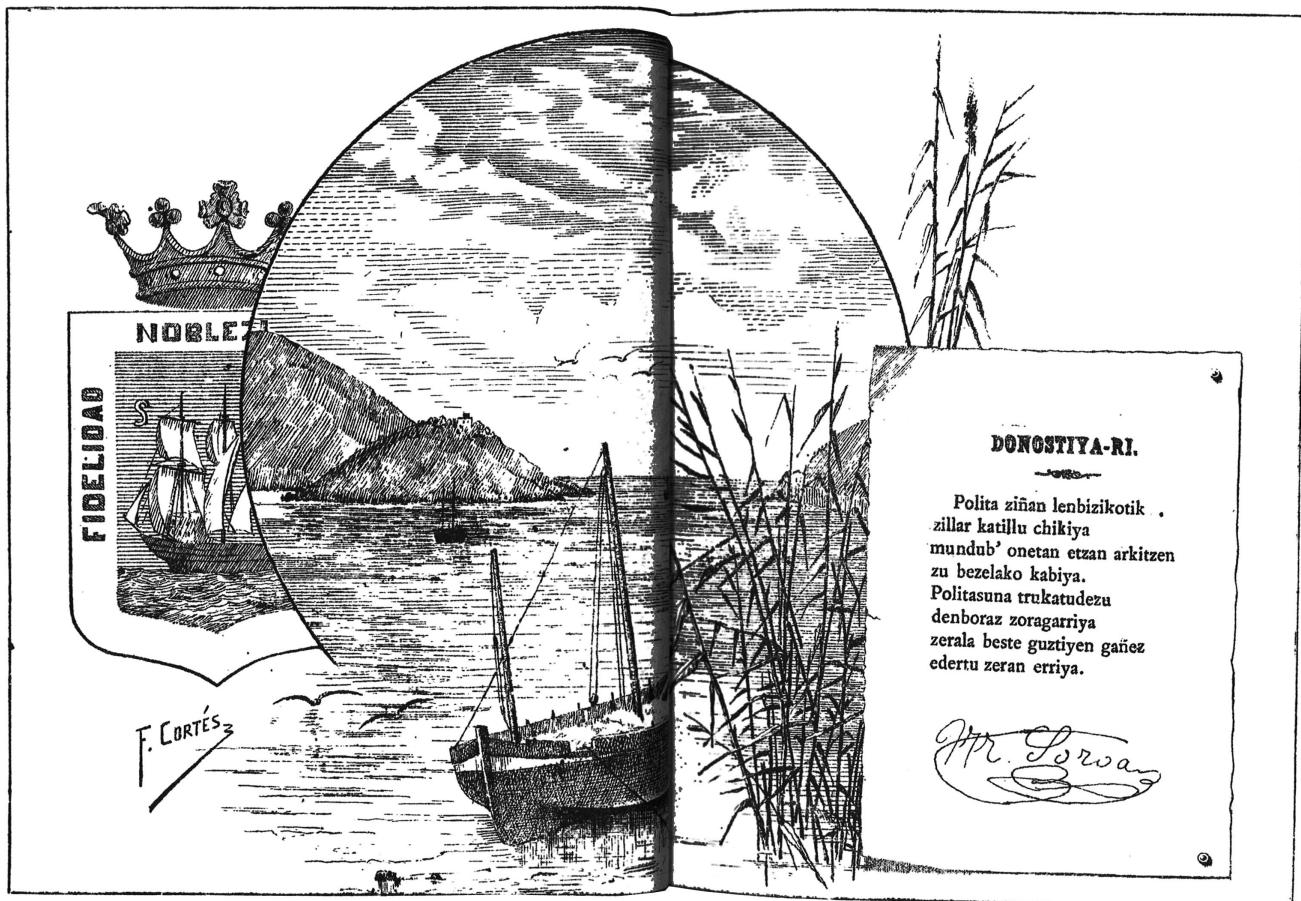
»Lur au Aitor zanari »emanzion Jaunak; »beste jaberik ez du »baizik Kantabroak! »Burniya mendipean... »gañean besoak.... »beti libre izateko »Euskaldun-basoak!	»Ala da oraiñ artian, »eta ala izango da, »gure jatorri-odola »ukatzen ez bada! »Erniyo mendiya aña »emen biziko da »gure jabetesuna, »Kantabrorik bada!
--	---

»Oraiñ anai maitiak,
 »pake gozoarekin
 »guazen gure echetara
 »Lauburuarekin.
 »Ondo konplitu degu
 »lege zarrarekin;
 »goazen jostatutzera
 »echetar danakin!»

JUAN V. DE ARAQUISTAIN.

(*Aurrandetuko da.*)





SAN SEBASTIAN - da al puerto.

ETIMOLOGÍAS BASCO-LATINAS.

Eibar 20 de Enero de 1886.

Sr. Director de la EUSKAL-ERRIA.

Muy Sr. mio y amigo de mi mayor consideracion: he creido conveniente interponer entre mis demás artículos, algunos etimológicos de voces latinas, cuya esplicación solo puede hallarse en el bascuence, para llamar de este modo la atención de los lectores sobre esta vetusta lengua, que es hoy por muchos títulos una esperanza para los sábios de Europa, y será mañana el guía más seguro para toda clase de investigaciones filológicas.

Esto sentado, y teniendo en cuenta que en otra ocasión me ocupé de la interpretacion del vocablo euskaro *eguzki* (sol) en esta misma Revista, voy á dar comienzo á mis análisis con la etimología de su equivalente la voz latina *sol, is,* (el sol), cuyo sentido lo mismo que el de la mayoría de las demás, sólo puede descifrarse por medio de nuestra nativa lengua, madre comun de muchas otras y viejo tronco que guarda en su seno el secreto de la palabra humana. Entremos, pues, en materia.

Possee el bascuence una modesta raíz que apénas ha llamado la atención de los filólogos, si se exceptuan, quizá, los dos mejores intérpretes que ha tenido nuestra nativa lengua, Astarloa y Erro. Tal es la radical *zo* que significa vuelta ó remolino, y la cual, tanto por su composicion como por el valor intrínseco que tienen las letras de que se compone, (las letras del alfabeto tienen su valor propio) hace referencia á las vueltas y remolinos que forman los seres sobrenaturales, así como á las de aquellas sustancias corporales que por sus condiciones particula-

res se acercan á aquellos; tales son la luz y la electricidad imponderables, el aire invisible, etc.

Pues bien; de esta radical *zo* (vuelta ó remolino) ha derivado nuestro bascuence entre otros vocablos menos pertinentes á nuestro objeto la voz euskara *zori zori-a* (la suerte ó fortuna) compuesta como se ve de la radical *zo* dicha, y de la terminal *ri, ri-a* que significa hacedor ó dado á hacer, cual lo demuestra bien una muchedumbre de voces entre las cuales citaremos las tan conocidas de nuestros lectores *arrikari, mallukari, limari, burrukari, agintari, adarkari, jokolari*, etc. (apedreador, martillador, limador, reñidor, mandador, corneador, jugador de pelota; etc., etc.), de modo que *zori zori-a* significa literalmente hacedor ó causador de vueltas, ó volteador.

Vean, pues, los lectores, si estos atributos cuadran bien á la fortuna, á la cual la pintan segun creo, con un pié sobre una rueda que sigue veloz su carrera, y consideren luego de dónde ha venido su signado á la voz latina *sors, tis,* (la suerte ó fortuna,) cuyo genitivo generador *sortis* no es más que el verbo euskaro *zor-tu* (acaecer, suceder, afortunar,) derivado de la voz *zori* añadida la partícula verbal *tu* ligeramente modificada en *ti* en el latin: *zor-tu* en lugar de *zori-tu*.

De esta misma voz *zori* deriva la muy conocida *zor-giñ, zor-giñ-a*, (la bruja ó hechicera) en lugar de *zori-giñ, zori-giña*, en la cual vemos que á *zori* se ha juntado el participio *giñ, giñ-a*, (hacedor) del verbo *egiñ* (hacer) de modo que literalmente significa (hacedor de suerte ó ventura mala ó buena), y consideren los lectores de dónde trae su signado la voz latina *sortilegium, i* (sortilegio) compuesta como se vé del verbo euskaro *zortu* en latin *sorti* y la partícula tambien euskara *li, li-a*, de significacion tan parecida á *ri, ri-a* que muchas veces se substituyen por la afinidad de la *r* con *l*; tal sucede con *uri, ulia, iri, ilia* (pueblo) *egilli-a* (el hacedor) de *egin* (hacer) *entzunli, entzun-li-a*, (oidor) de *entzun* (oir), etc.

De la misma voz *zori* procede el verbo *zora-tu* (enloquecerse ó volverse loco) y cuya radical *zora* no es más que la voz *zoria* elidido el diptongo *ia* como en *entzunlak* por *entzunliak*, etc.: lo mismo repetimos de sus similares *zoro a* (el loco) *zorabilla* (desvanecimiento ó mareo) lit. hacedor de muchas vueltas, de *billa* ó *pilla* (multitud ó reunion.)

De la misma radical *zo* y la terminal *li, li-a* (hacedor ó dado á hacer) que hemos analizado arriba se ha formado la voz euskara *zoli-*

zoli-a (vivo, dispuesto á revolverse pronto) y lit. (hacedor de vueltas:) el vocablo *zo-lo zo-lo-a* ó *zo-lu-a* se aplica en el bascuence como lo saben los lectores á las heredades ó tierras que rodean y circuyen á nuestras caserías y cuyo equivalente encontramos en el latín en la voz *solum, i* (suelo). De la voz ántes dicha *zoli zoli-a* (hacedor de vueltas) ha derivado esta última lengua la suya *solanum, i* (el solano ó hierba mora) que ha dado su nombre á la familia de las solanáceas, plantas virosas que tienen la propiedad de producir vértigos, mareos y desvanecimientos, y de las cuales se servian las hechiceras (*zorgiñak*) en sus *sortilegios*: *zola* es *zolia* elidido el diptongo *ia*.

Ahora bien; el genitivo generador *solis* de la voz latina *sol, is* (el sol) significa lit. hacedor de vueltas, y se ve claramente que alude á las que da aquel astro al rededor de la tierra (sea esto dicho con perdón de la ciencia.) ¿Quién, pues, que conozca las relaciones que tienen entre sí las lenguas, aun las más apartadas, puede poner reparos á esta etimología confirmada por el signado de tantas voces y por su misma propiedad?

Pues bien; admitida esta etimología es preciso convenir en que esta voz *sol, is* vino á sustituir en el latín la primitiva euskara *eguz* ó *eguzki* (sol, de cuya etimología nos ocupamos en este lugar, habiendo merecido entonces las agrias censuras de un ilustre filólogo por habernos atrevido á afirmar que la voz latina *equus*, primitivo nombre del sol en esta lengua lo mismo que en la nuestra, se aplicó luego para designar con él los caballos que conducían el carro de Apolo, divinidad de aquel astro, y que, estendiéndose este uso, sirvió más tarde para designar la especie *caballo*: la prueba de ello tenemos en la palabra *equarius* (sol), segun puede verse en el diccionario. Este cambio y sustitución debió coincidir y coincidió seguramente con la introducción en el pueblo romano de las Divinidades Griegas y el abandono quizá por parte de aquel de las ideas monoteistas que heredara de su antecesor el pueblo euskaro: sea lo que quiera, á consecuencia de aquel suceso desapareció á su vez la palabra euskara *zaldi* (caballo) pero dejando en la lengua algunos vestigios de su anterior existencia: de ellos nos ocuparemos en otro artículo.

Antes de concluir el presente, vamos á hacer una observación que no carece de interés.

Al tratar de la etimología de la voz euskara *eguzki* dijimos que así como esta voz ó su equivalente *equus* ó *equarius* que significaban tam-

bien *sol* pasaron luego á designar uno de los atributos de la divinidad de aquel astro, así tambien la palabra *Agnus* (Dios de la luz y de la llama en el pueblo Indio) se convirtió en el latin en el nombre del cordero, la víctima propiciatoria que se sacrificaba en aras de aquella divinidad: (el hallazgo de esta voz *agnus* en el latin, equivale al hallazgo de un templo Indio en el pueblo del Lacio.)

Estos hechos unidos á las convicciones arraigadas que tengo sobre la filiacion euskara del latin, me hacen pensar que las voces *b-os b-ovis* (el buey) *ovis ovis* (la obeja), tan diferentes de las euskaras *idi* (buey) y *ardi* (obeja), reconocen el mismo origen que las anteriores y no son en realidad otra cosa que nuestro *opi*, *opi-a*, *opa* (ofrenda), cuyo equivalente se encuentra en el latin en el genitivo generador *opis* de *ops*, *pis* (amparo, favor, auxilio): las ofrendas se hacen en efecto para pedir auxilio. En bascuence decimos tambien *ez deutzut opa* (no le deseo á usted tal amparo ó auxilio); el nombre *opilla* con que se conocen las tortas de pan que se llevaban en ofrenda á las iglesias y eran un dia tan preciadas de nuestros caseros, reconocen el mismo origen que las voces anteriores.

Por fin viene á confirmar aquella opinion nuestra la circunstancia de que el carnero se llama en bascuence *ari* y en el latin *ari-es* y su genitivo generador *arieti* elidido el diptongo *ariti*, se confunde con la voz euskara *ardi* (oveja) y significan así la una como la otra lit. frequentador de estensos montes ó terrenos accidentados, como formados de la radical *ar* que significa montes ó terrenos accidentados y estensos y de la terminal *ti ó di* frequentador, como se ve en *gaizo-ti* (enfermizo) de *gaizo* enfermo, *sarna-ti* sarnoso, etc.; *ari*, *ariti*, *ardi*, son, pues, nombres tomados de las costumbres del animal, demasiado apropiados á su objeto para que puede negarse su origen euskaro.

Si tuviéramos tiempo y paciencia pudiera ser que abriéramos los ojos á muchos filólogos mostrándoles á la luz del dia que la trama íntima de las voces latinas y de muchísimas otras lenguas es euskara, completamente euskara, y nos pertenece de derecho. Espero, sin embargo, que nuestros trabajos no serán del todo estériles, y saludando á V. afectuosamente se repite como siempre suyo at.^o s. s. q. s. m. b.

JOSÉ DE GUIASOLA.

NEGUKO ARRATSETAN SU ONDOAN KONTU-KONTARI.

ZKAMAKO IZKEAN PASAIZO BAT.

BAKOITZE.

Ezkion da eche bat Echaluze deitzen dioena, eche ontan bizi zan, (bada makiñat urte) izenez Mañolo eta izen-gaiztoz *Bakoitz* zeitzona, jale erruzue eta edale berdiñik etzona.

Licharrero šamarra zaneko pamea zon, eta zerbait errin paltatzen zanen, ondo eo gaizki, oni egotzi oi zioen.

Oiturea zan Ezkion, Urte-berri eunen, irtetzen zien Alkate eta errejidorek eta sartzen zien berrik apari on bat eitea. Argindeiko⁽¹⁾ echenko-andrek maneatzen zon apari au, eta bezperan Pillaprankatik ekartzen zitun gaiak. Pasaizo au gertau zan urten ekarri zon beste gauza askon arten cherri-solomo eder bar guchinaz dozena bat lirba pisauko zitune. Asteazkena zan eun ura eta peritik'echea etor zanen, ipini zon preskuran be ge'ako leion cherri-solomoa. Urrengo goitizen eune zabaldu baño lenao sartu zan *Bakoitz*. Argindegia kopa bat agurdinte napar eatea, eta illargi ederrak argi eiñez ekusi zon leion zeon jakie; eta nola deabruie iñoi lo eztaon, eman zion gogora, arrapau bear zola chinchiliška zeoa solomoa, esanaz be arten: baldin errejidorek, errin kontura jan ta eran badezake, nik-e, uste dot, orik aña eskubide badeala erriko gauzata, eta solomo ori jan da ez doe beintzet tripamiñik izango, ezta nik-e onekin kontzientzik kargauko.

(1) La posadera de la Casa Consistorial.

Eta geiagoko bae artu zon aga luze bat echetik eta baita-re solomo ederra chamarrota-pera.

Kontuatu zanen Argindeiko echecho andrea solomoa palta zola, esan zion alkateri, eta onek bialdu zion amabie⁽¹⁾ errotore jaunei, esanaz ze gertau zan eta erregutuz predikau zezala mezatan lapurreten gañen.

Errotore igo zan ba pulpitoa eta asi zan esanaz: Ne Kristau mai-tek: Jainkon leeko zazpigarren aintek bakizue esaten dola «ez ostutzea»; beste eozeiñ pekatu, egizko damutasunekin, ez geigo eiteko asmo sendokin eta konpesoren asoluziokin barkatzen da, baña lapurretea ez da barkatzen arrapau dan gauzea jaberitxiki bae. Bart, Argindeiko echetik arrapau dioe solomo galant bat; ia ba ne kristauek: uste det aragi, jaki eo solomo bateatik zuetako iñork inpernura jun naiko eztola, ba, emen ez dao beste erremedioik, eo *errestituzioa* eo *kondenazioa* San Austiñek dion bezela.

Bakoitzek baki solomoa berea ez dola, biurtu beza ba; ala, bar-kauko zaio mundu ontan be pekatue eta izango do besten betiko glorie. Amen.

Elizan zerenak, itz ok aitu zituenen beirau zioen *Bakoitze* gizajori, zein zeon anpolaz gorri baño gorrigo; etea zon ba chamarrota-petik be solomoa eta tirau zon esanaz: prochun deizuele, eta irten zan elizatik eta ez zan *Bakoitzen* aztarrenik Ezkion izan urte askotan, aliketa gertaizo au ondo aztu zan arteaño.

EZKIOKO-ZEAMARRAK.

(1) Alguacil.



EXCMO. S^r D. JUAN MARIA GUELBENZU.

APUNTES NEGROLÓGICOS.

D. JUAN MARÍA GUELBUZU.

El dia 8 del corriente falleció en Madrid, víctima de una pulmonía, el eminentе pianista y distinguido compositor D. Juan María Guelbenzu, una de las glorias contemporáneas del país basco-nabarro.

Nació en Pamplona el dia 27 de Diciembre de 1819, y con su señor padre, que era notable músico, comenzó su educación artística, que la perfeccionó en París con las lecciones del célebre Prudent, que fué su profesor, y con los sábios consejos de los más famados maestros cuyas tradiciones no olvidó nunca.

Bien pronto sus brillantes aptitudes le dieron justo renombre, mereciendo que la Reina Cristina le nombrara profesor de piano de la Real Casa, cuando solo contaba veinte y dos años de edad.

Merced á este cargo fué el Sr. Guelbenzu profesor de piano de la Reina Isabel, del Rey D. Francisco de Asís, y de las Infantas D.^a Isabel, D.^a Paz y D.^a Eulalia.

En 1844, y tras brillantes ejercicios de oposición, obtuvo la plaza de organista supernumerario segundo de la Real Capilla, ascendiendo á la de primero, en propiedad, en 1855, por muerte de otro insigne paisano nuestro, el renombrado Albeniz. Esta plaza la ha venido desempeñando el Sr. Guelbenzu hasta su fallecimiento.

Entusiasta de los clásicos, fundó, en unión de su fiel amigo el gran artista Monasterio, la Sociedad de Cuartetos, en la que tomó una parte importantísima, ejecutando composiciones de los más célebres maestros, con irreprochable corrección y con la expresión más exquisita, y obteniendo señaladísimos triunfos.

Según nuestro distinguido paisano el famoso crítico musical se-

ñor Peña y Goñi, Guelbenzu pertenecía á esa pléyade, por desgracia muy contada, de pianistas que fían el éxito más al alma que á los dedos, que quieren conmover y no asombrar, poetas del instrumento cuyas cuerdas hacen vibrar en las notas contenidas de la pasión, y que ocultan las mayores dificultades mecánicas vencidas con el dulce y atractivo velo del sentimiento.

Guelbenzu era el Planté de España, y con eso está dicho todo.

El inspirado artista, que nunca quiso ser profesor del Conservatorio, no por eso negó su poderoso auxilio á la juventud estudiosa. No pocos de nuestros pianistas fueron á completar su educación musical con el célebre maestro que, con un instrumento tan ingrato como el piano, había sabido elevarse á tal altura y llegar á ser uno de los más felices intérpretes de las admirables páginas que dejaron escritas Haydn, Mozart, Beethoven y Mendelssohn, como lo recordarán seguramente los aficionados al arte que le oyeron en el *Saloncillo del Conservatorio*, interpretar, en unión de Monasterio, las sonatas de violín y piano que compusieron los génios de la música.

Guelbenzu era también notable compositor, y en todas sus obras brillaba el más atildado buen gusto, y se revelaban los profundos conocimientos que de los clásicos tenía.

Todos estos merecimientos le llevaron á la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, de la que fué nombrado individuo de número en 1873.

En 12 de Mayo de 1881 se le condecoró con la gran cruz de Isabel la Católica, y era, asimismo, Comendador de la Real Orden portuguesa de la Concepción de Villaviciosa.

Su fino trato, su cultivada inteligencia y sus cualidades personales le habían granjeado las más vivas simpatías en Palacio y en la sociedad escogida de Madrid; así es que su muerte ha causado general sentimiento, no solo entre los admiradores del artista, sino entre los numerosos amigos del distinguido caballero.

A la conducción del cadáver del inolvidable maestro acudió una numerosa concurrencia, viéndose en la cabecera del féretro, sobre el paño rojo de la sacramental, una monumental corona de mirto con cintas de raso blanco, en las que se leía el nombre de la reina doña Cristina, que quiso tributar aquel último testimonio de admiración y cariño al finado.

En la parte posterior del coche fúnebre, destacábese otra preciosa

corona de flores naturales, dedicada al ilustre nabarro por su amigo y paisano el diputado D. Javier Los Arcos.

El duelo, formado por la Sociedad de Cuartetos, el profesorado de la Escuela Nacional de Música y declamación, académicos de Bellas Artes de San Fernando, gran número de literatos y artistas, y la colonia de Nabarra, iba presidido por el diputado Sr. Gorostidi, hijo político del finado, y por un Sr. sacerdote.

La Sociedad de Cuartetos, de la que, como hemos dicho, era miembro principalísimo el Sr. Guelbenzu, suspendió sus artísticas tareas hasta terminar el novenario de su muerte, en señal de duelo y homenaje á la memoria del esclarecido músico; y al reanudárlas el dia 22 se vió en el atril del piano que solía tocar el ilustre consócio, una corona hecha con sumo gusto, mitad de ramas de laurel y mitad de pensamientos, en cuyas cintas negras se leía en letras de oro la siguiente dedicatoria:

La Sociedad de Cuartetos á su insigne é insolvidable compañero Guelbenzu.

La Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, dada cuenta en su primera reunión de la gran pérdida experimentada con la muerte de un individuo que de tal manera honraba á la ilustre Corporación, suspendió la sesión, después del breve y expresivo discurso necrológico que recordando las virtudes y dotes sobresalientes del fallecido, pronunció con general asentimiento el Sr. Presidente accidental, D. Pedro de Madrazo.

¡Descanse en paz el eminentísimo músico nabarro!



DONOSTIAR BAT BERE ERRIYAN.¹

Donostitikan alde-egin ta
Egondu naiz chit aparte,
Abanan eta Montebideon
Egin ditut zenbait urte;
Nere biotzak eta animak
Ekarri-arazi naute;
Euskal-erriyan sartu naiz, eta
Ez naiz irtengo ill arte.

Gustagarrizko egotegiyak
Badira kanpo oyetan,
Montebideon, Abanan eta
Buenos-Aires aldietan:
Naiko tokiya ikusi arren
Zenbait urtecho abetan,
Euskal-erriya bezelakorik
Ez det arkitu bestetan.

Montebideon ikusi ditut
Kanpuak eta ibaiyak,
Gañera berriz baso, zelaiak
Ta lur-itsaso aundiak:
Alaz guziyaz, gauza geiago
Ditu gure alderdiyak:
Euskal-erriyak sendatzen ditu
Andik datozen guztiyak.

Arriturikan sartzen naiz emen
Kanpotikan eterri-ta,
Nere erriya ote dan eziñ
Sinisturikan jarri-ta;
Auñen da, bada, ederra eta
Begiragarri polita;
Eziñ obea sortu liteke
Berriz egiten asi-ta.

Alde batera begiraturik
Daukazu edertasuna,
Eziñ esan dan alegranzia
Eta zoriantasuna;
Kanpuan ontaz oroiturikan
Sortzen da tristetasuna:
¡Euskal-erriya! zu zera neri
Miña sendatzen nazuna.

Gogo aundizko begiratua
Egin diot erriyari,
Alde batetik abiyaturik
Besterañoko danari:
Alde guztiyan edertasuna
Besterik ez da ager;
Eziñ aspertu liteke iñor
Begira egotez berari.

(1) Publicamos con el mayor gusto esta composicion que revela las felices aptitudes que posee su autor, el jóven D. José Artola, hijo de nuestro estimado colaborador y amigo el conocido poeta y fabulista bascongado D. Ramon, cuyas tradiciones esperamos ha de seguir con éxito su mencionado sucesor.

Denborarekin arkitu ditut
 Lengo eche emenguak;
 Bill-bill egiñik oñian dazkak
 Kontu aundiz gazteluak:
 Konbentu bi ta eliza biyak,
 Erre-gabe geratuak,
 Bakar-bakarrik, ditut arkitu
 Nik emen lenagokuak.

Lengo denboran ziran bazterrak
 Ustez ziran ezer-ezak,
 Baña denboraz egin dirade
 Emen lanak ez-erreza;
 Arboldegiak, eche alaiyak,
 Kale zabal eta plazak,
 Miragarrizko pauso lekuak
 Eta gañerako gauzak.

Murall-aundiak len erriyari
 Kontu ziyozenak artzen,
 Lurperaturik guztiz, gaur eche
 Berriyak dira agertzen:
 Ikusgarrizko loretokiyak,
 Plaza ederrak emenchen
 Eche oyekin batian dute
 Erriya oso apaintzen.

Kanpotik asko etortzen dira
 Mintsuak, oso auldurik;
 Berealañen jarritzen dira
 Donostiyen pizkorturik;
 Ur gazitako mañuak, eta
 Aize ederrak arturik,
 Beren errira itzultzen dira
 Biyotz guztiya pozturik.

Negar-malkuak irtetzen zaizkit
 Neri pozaren indarrez,
 Ikuñirikan nere erriya
 Betea gauza ederrez;
 Urrezko bola dirudi, goitik
 Amildutakoa berez;
 ¿Onen ondoan beste guztiyak
 Zér dira bada? ezer-ez.

Zorioneko erri maitea,
 Guztiz estimagarriya,
 Mintsu guztiyen baltsamua ta
 Euskaldunaren kabiya;
 Paregabeko perla ederra,
 Guztiz begiragarriya,
 ¡Bedeinkatua izan dedilla
 Beti beti Donostiya!

JOSÉ ARTOLA.

1885-an.

EL CARNAVAL DE 1886 EN SAN SEBASTIAN.

El dia 20 del corriente, fiesta del Santo patrono de esta ciudad, se inauguró, como de costumbre, el período de festejos de Carnaval del presente año,

A las siete de la mañana, el estallido de los cohetes anunció la salida de la tradicional *tamborrada*, que, media hora despues, y seguida de numeroso gentío, partió de la Plazuela de Lasala, y recorrió el trayecto indicado en el itinerario que de antemano se dió á conocer, á pesar de lo desapacible y lluvioso del dia.

El órden de la comparsa era el siguiente:

Doce gallardos guardias *donostiarra*s con su jefe y corneta de órdenes.

Diez y seis *tamborreros*, dirigidos por el *Mayor*.

Doce *barrileros*, con su jefe.

Cuatro *cabezudos*, y

Cuarenta músicos.

Lucian los guardias trajes á la *Federica*, los *tamborreros* á lo *quinto* del primer imperio, los *barrileros*, de harineros, y los músicos batas chinescas con gorros muy propios, ofreciendo todos ellos un magnífico golpe de vista.

Se ejecutaron con mucho acierto varios aires populares *donostiarra*s y una nueva composición, original del aplaudido maestro Sarriegui, titulada *Ataque de erriko-śemes*, que agradó sobremanera al público.

La comitiva regresó á los salones de *La Union Artesana* muy cerca de las nueve.

Por la noche, se suspendieron la *retreta* y demás espectáculos anunciados, á causa del tiempo tempestuoso que reinaba.

El domingo 24, que hacia un dia muy apacible, se verificó al

mediodía el concierto organizado por la Comision de Festejos, ejecutándose por una nutrida orquesta, acertadamente dirigida por el joven Sr. Guimon, varias piezas musicales que fueron muy aplaudidas por el numeroso público que acudió á su audicion.

Por la noche, saliendo á las siete de *La Union Artesana*, recorrió la *retreta* las calles del itinerario con la mayor lucidez y animacion.

Terminada esta carrera, la gente afluýó en grandísimo número á la Plazuela de Lasala, donde se quemó el tradicional *zezen-suzko* y hubo fuegos artificiales, preparados por el acreditado pirotécnico Sr. Esnaola.

Luego, el tamboril y la música del Sr. Galatas ejecutaron varios bailables hasta las once de la noche.

ANCHIÑAKO BIZKAITAR NEKAZALIEN KANTIA.

—•—

Chin, chin, chin, chin, choria
 Choria chilibatari da,
 Aurten ezkondu gura dabenak
 Ereiñ bearko jok garia.
 Ereiñ neban garia,
 Guztiz arlo⁽¹⁾ andia,
 Eun anega espera neban
 Katillu bat zan guztia.
 Chori chiki bat etorri jatan,
 Emon neiola erdia,
 Erdia gichi erechi eta
 Emon neutsan guztia.



(1) arloa=saila.

A LA VÍRGEN DEL PERPÉTUO SOCORRO.

La vencedora luz de la mañana
 Derramando alegría, el eco lento
 De trémula campana,
 Que retumba sonora en mi aposento,
 Despiértanme á porsia
 Para que eleve á Ti, Virgen María,
 Mi primer pensamiento.

Todo en torno revive,
 Y en reflejos de amor al cielo sube
 Vida, que el orbe de tu amor recibe.
 Resplandor de tus ojos es el dia;
 La arrebolada nube,
 Tu maternal sonrisa; el aura pura,
 Tu aliento, y en las perlas de la aurora
 Contemplo de tu pecho la ternura:
 Que en mi mente confundo
 Tu inefable hermosura,
 Con todo cuanto bello encierra el mundo.

¡Gloria á Jesús que me la dió por Madre,
 Cuando en hora solemne,
 Por rescatarme indemne,
 Entregaba el espíritu á su Padre!
 ¡Gloria al Señor que de mi Madre es Hijo!
 ¡Y á Ti, oh Virgen, mis cantos y loores,
 Mi corazon, en pena ó regocijo!
 Tú con potente brazo

Me ciñes en desmayos y dolores:
 Tú me ofreces abrigo en tu regazo,
 Cuando, aterido^{en} el mundano hielo,
 Suspiro por el fuego de tu cielo.

Siempre atento el oido
 Con desvelo de Madre á mi gemido,
 Cuando me mira á mí toda es dulzura,
 Cuando mira al Señor todo lo alcanza.
 ¡Quién pone valladar á mi esperanza,
 Ni en mi queja amargura?
 Del Perpetuo Socorro el dulce nombre
 Se goza en recibir, y dice al hombre:
 —«Ven, si te abrasan lágrimas y duelos,
 Desengaños en loco desvarío:
 Mi corazon es fuente de consuelos.
 Aplaca en mí tu sed, y no se harte
 Tu pecho de beber, que el pecho mio
 Nunca se ha de cansar en consolarte.»

Madre, el leon rugiente la bizarra
 Melena agita hambriento:
 Me ve, me acosa, y al festin sangriento
 Las fauces abre y la espantosa garra.
 ¡Socorro, Madre!—La implacable fiera
 Que se gozaba ya con mis despojos,
 Baja ante Ti los ojos,
 Humilla la cerviz y se estremece;
 Y con sordos rugidos
 En el antro infernal desaparece.
 ¡Victoria! ¡Honor á Ti!—Bajo tu planta
 Yace el soberbio, y del mundano lodo,
 El humilde en tus brazos se levanta.
 ¡Victoria! Con tu amor nada me espanta,
 Que teniéndote á Ti lo tengo todo.

Madre, yo soy un niño
 En la vida que lleva al alto asiento.

Sea tu diestra, en maternal cariño,
De mi inexperto andar sostenimiento.

Vacilo, Madre mia;
Me desvanece el mundo todavía:
Ten compasion del que á subir empieza
Camino de la Cruz, y desmayado
Contempla su aspereza.
No me vea otra vez encenagado;
Que habiendo conocido tu pureza,
Tengo horror al pecado.

De tu insondable abnegacion en palma,
Bendijo Dios tu alma.
Reina de cielos eres,
Porque fuiste entre todas las mujeres
La más humilde. ¡Dame al hondo abismo
De mi nada llegar; seguir tus huellas,
Para alcanzar por ellas
Conocerme á mí mismo!
Dame decir al Verbo,
Si en calma ó tempestad á mí se inclina:
—«Señor, yo soy tu siervo;
Cúmplase en mí tu voluntad divina.»

Entendimiento, voluntad, memoria
Arrojo en tu crisol y dulce fuego.
Mia será la escoria;
Tuyo el oro accendrado de mi ruego.
Y si todo es impuro, todo vano,
Desoye, oh Vírgen, mi clamor insano.
Si regalos te pido y me das penas,
¡Bendita seas! Si me das cadenas,
Flores serán viniendo de tu mano.
Y si de amor el manantial se obstruye,
Y el alma yerta y fria
Se consume en letal melancolia,
Y la unción del Espíritu rehuye,
¡Convierte el pedernal en blanda cera;

Derrite en mí los témpanos del polo!
 ¡No mires que amo mal, mira tan sólo
 Cómo amarte quisiera!

¿No ves la tempestad que el mundo corre
 Cuando la plebe ruge y alborota,
 Y el huracan de la impiedad azota
 La incontrastable torre
 De nuestra santa fe?—¡Vuela, socorre
 Al Pastor de tu grey encarcelado!
 Contra todas las obras del Eterno,
 Todas las potestades del averno
 Formidable clamor han levantado.
 Juntas embisten al ingente solio
 Que sobre escombros é ignominia loca,
 Sobre el imperio vil del Capitolio,
 Sentó tu Hijo en perdurable roca.

Contra Aquel que tuviste en las entrañas
 Se revuelven con bárbaro coraje
 Montañas y montañas,
 En espuma y fragor del oleaje.
 ¡Estrella de la mar, muestra tu lumbre!
 ¡No dejes naufragar la muchedumbre
 Que te tiende en su anhélito los brazos!
 ¡Que no caiga al profundo
 Su integerrima fe rota en pedazos!
 ¡Socorro!—¡Salva al mundo!
 ¡Mira que perecemos, Madre mía!
 ¡Salva á España infeliz, que en Ti confía!

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

1886.

